



a l'ombra de l'alzina  
a la sombra de la encina  
à l'ombre du chêne  
all'ombra della quercia  
Magdalena Aulina

**15-11-2022**

*«Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Ésta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día»* (Jn 6, 38-40).

Nada debe perderse de lo que el Padre ha confiado a su Hijo Jesús, es la consigna que ha recibido. Nosotros somos el objeto del cuidado del Padre. Y Jesús no se olvida de nadie, a todos les promete la resurrección "en el último día".

Ésta es nuestra esperanza. Y si la certeza de tener que morir nos entristece, la promesa de la futura inmortalidad nos consuela. La liturgia de difuntos nos lo repite: "A tus fieles, Señor, la vida no les es quitada, sino transformada. Mientras se destruye la morada de este exilio terrenal, se prepara una estancia eterna en el cielo".

En este mes de noviembre, recordando a los fieles difuntos, estamos invitados a meditar sobre la muerte. Podríamos decir que este mes de noviembre es "pedagógico", porque nos recuerda la única realidad cierta para todos. Tarde o temprano, todos "nos dormiremos" y despertaremos "con el Señor", juez misericordioso. Por eso noviembre es también un mes de "esperanza": la que nos abre al horizonte infinito del amor de Dios Padre y de su santa voluntad. Él prometió que todo aquél que crea en su Hijo tendrá la vida eterna.

Sabemos que la muerte es, para todos, un misterio humanamente incomprensible e impenetrable. Pero los que creen en Cristo miran la muerte con ojos diferentes a los que no creen. La muerte es como "un vuelo" a la eternidad. Es la "hermana muerte", como para Francisco de Asís. Los lazos que atan a la tierra se rompen. La pesada cadena que nos une a este mundo se destruye. Se produce la liberación de un cuerpo "destinado a morir".

La tierra no es la morada final para nosotros, es el lugar de la espera: es el lugar de vivir plenamente en el Señor, en la visión del Cielo. Allí contemplaremos a Dios "cara a cara".

A la luz de la fe cristiana, la muerte es el paso obligado para el más allá. Allí ya no hay necesidad de fe y de esperanza. Allí sólo queda la caridad. Y la caridad permite a los que "siguen al Cordero" unirse al canto de los "cuatro seres vivientes" que proclaman: "Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso" (Apocalipsis 4,8). Mientras que aquí, en la tierra, la Iglesia "en camino" se une al mismo canto de

alabanza: "Te Deum laudamus, te Dominum confitemur... A ti, oh Dios, te alabamos; a ti, Señor, te reconocemos". Y así, Cielo y tierra juntos alaban a ese Dios que los "muertos en el Señor" contemplan en su esplendor.

Al pie de la cruz, María fue donada por Jesús a Juan. Todo el pueblo de Dios está presente en el apóstol, que acoge a María como madre.

Nosotros, que estamos en el exilio "en este valle de lágrimas", hemos aprendido a invocarla de manera muy especial como "la Madre de Dios, que ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte".

Invoquémosla a menudo, para poderla alcanzar en la gloria, pasando junto con Jesús de este mundo al Padre, uniéndonos así a las filas de los elegidos, a santa Gema Galgani, a Magdalena Aulina, sierva de Dios.

Magdalena exhortaba continuamente a recordar que el Señor nos puede llamar a la vida eterna en cualquier momento. "Pensadlo. Meditadlo. ¡Qué bueno es el pensamiento de la muerte para el alma!". Y, dirigiéndose directamente a la "muerte bienaventurada", decía: "Tú eres la mensajera de Dios. Tú rompes las cadenas que nos atan al exilio. Tú nos traes el anuncio de que ha llegado la hora de las bodas eternas. Tú nos das alas para volar hacia el Creador".

